

de Él el mundo. Lleno de entusiasmo por el cumplimiento de su misión, por el honor de su Padre, no deja, sin embargo, traslucir nada del ciego fanatismo de Mahoma. Tierno y manso como la misericordia hecha hombre, no descende á la debilidad de carácter de Marco Aurelio, que elogia hasta el mal, y habla siempre de paz hasta donde no hay paz. Lleno de santa tristeza á causa de los pecados y de las miserias del mundo, no se engolfa como Buda en un sentimental y estéril dolor sobre la incorrigibilidad del mundo; pero, por interés, por sincera compasión, conserva la fuerza de curar, y, donde es necesario, la gravedad para castigar. Gozando en sí mismo de un reino de felicidad que no puede hacerle olvidar ni todo el mundo que le rodea, jamás cae en el aislamiento egoísta y misántropo de un Diógenes, de un Espinosa ó de un Schopenhauer. Ve el pecado mucho mejor que Sócrates, y siente su injusticia mucho mejor que todo el pesimismo, pero no se burla irónicamente del pecador, y no desecha la caña quebrada. Tiene relaciones con los pecadores, pero, como Antístenes, no participa de sus obras; los confunde sin decir una palabra, únicamente por la virtud que sana con acercarse, virtud tan saludable y tan dulce, que llega hasta ellos, y renuncian para siempre al pecado. Lleno de tierno amor, no se avergüenza de derramar lágrimas de dolor sobre el cadáver de un amigo. Invitado á un alegre festín, aparece lleno de amable mansedumbre, haciendo recaer la conversación sobre una instrucción piadosa, edificando con su ejemplo á todos los convidados, sin distinguirse por eso de los demás con una conducta singular y enojosa.

Sólo los hipócritas se ofenden de su afabilidad cuando les habla. Los grandes imploran sus favores, y se los concede sin orgullo; mas su amor pertenece también á los pobres, á los encorvados por las miserias de la vida, á los desesperados, como si fueran de su misma alcurnia. Con particular condescendencia, atrae á sí á los ignorantes que no hallan maestros. Con ternura inexplicable, eleva hasta

su Corazón Sagrado á los que tienen el corazón contrito, y á quienes rechaza con horror el orgullo de la justicia. Cuando está fatigado por la labor de la conquista del mundo, descansa en medio de los niños. Hasta el mismo tentador se atreve con Él, como con nosotros, y no lo evita. Permite que llegue hasta Él la tentación, para ser nuestro modelo. Le asusta, como asusta á toda criatura, el temor de la muerte acompañada de todos los terrores. El gran sacrificio de la obediencia le cuesta la misma violencia que á los demás hombres. Ha cumplido toda justicia para con Dios y para con los hombres en los sufrimientos y en el dolor, en las lágrimas y en la debilidad, en la energía del alma y en el cumplimiento del deber. Extraño á las ruidosas manifestaciones de disgusto, sabe, sin embargo, reprender con energía. Su aspecto deja traslucirse la humildad y la más benévola condescendencia, y no obstante, es la nobleza infinita. Tierno, grave, majestuoso, en uno solo de sus rasgos lleva la imagen de la mansedumbre, de la paz, de la dignidad. Nada hay muelle en Él, nada violento, nada rebuscado; nada de simple apariencia; es todo verdad pura. Están en Él tan en armonía el exterior y el interior, como jamás se ha encontrado en ningún hombre que no se haya formado con toda perfección á su ejemplo. Exteriormente, toda su conducta es el límpido espejo de su alma apacible, tranquila y santa. No hay vaguedad en su ojos, ni desaliño en su apostura, ni desequilibrio en su movimiento. Cada uno de sus actos es el sello de la majestad, de la moderación y de la delicadeza. En su semblante, en su aire, en su ademán, nada hay de severidad, nada de rudeza, nada de aspereza, como tampoco nada que pueda revelar la lisonja ni una exagerada amistad, nada que pueda despertar inclinación impropia. Sus palabras, llenas de generosidad y rectitud, á nadie ofenden. Toda su conducta respira benevolencia y condescendencia, sin hacer sentir por esto cuánto se prodiga. Parece no tener inclinación, gusto, ni dictamen propios. Sabe también penetrar en todas las situaciones del

corazón; sin imponerse, sabe hacer que piensen mejor los que á Él se llegan; y sin que nadie penetre sus intenciones, alegra los corazones y los edifica. Su prudencia es el asombro de todos ⁽¹⁾ y se llenan todos de admiración ante la gracia de las palabras que salen de su boca; ⁽²⁾ su sola aproximación, mueve á pureza y á piedad. Predica sin hablar una palabra; guarda silencio con paciencia y con mansedumbre, y, sin embargo, lo que menos le falta es la energía para castigar. Sabe desarmar la astucia de sus enemigos con tranquilidad sublime, y librarse de sus lazos con notable perspicacia. Se irrita, pero en su enojo permanece dueño de sí mismo; no se empaña el espejo de su alma. Es de tal sencillez, como jamás se haya visto otro, excepto su Santísima Madre. Y precisamente esa sencillez seduce, encanta y domina. Ni el más fino conocedor de los hombres, ni el ojo más perspicaz, pueden descubrir en Él ni pesadez, ni precipitación, ni enojo, ni indecisión, ni provocación. No da paso que no sea en seguro, no dice una palabra superflua; sus miradas, sus movimientos, son mesurados, tranquilos, llenos de majestad, y, sin embargo, no se descubre en Él rastro de singularidad y ficción. Todo en Él es natural y sin artificio, todo sencillo, todo calculado por la fuerza de comprensión de todas las cosas, y, no obstante, está todo lleno de una grandeza sobrehumana que impone respeto.

En verdad sólo á Él pertenece la gloria de ser «el más hermoso de los hijos de los hombres». ⁽³⁾

Ningún rasgo verdaderamente humano falta á aquella rica vida, y ningún rasgo sale del cuadro del conjunto. Ninguna disonancia llega á turbar la tan admirablemente proporcionada armonía de aquel todo; el carácter y la actividad de la vida entera están maravillosamente acordes para formar la unidad perfecta. En cuanto hace, se lee con toda uniformidad y colorido el pensamiento dominan-

(1) S. Lucas, II, 27.

(2) S. Lucas, IV, 22.

(3) Salmo XLIV, 3.

te de la gloria de Dios y de la salvación de los hombres. Con ese pensamiento, ora, cura, enseña; ese pensamiento le lleva al templo y al desierto; le fortalece en su agonía, le hace consentir en la separación de su alma y de su cuerpo, cuando todo está consumado. Pero no es sólo un hombre nuevo y un hombre verdadero, es también, en toda la acepción de la palabra, un hombre completo.

7. Cristo como Ideal para todas las clases de hombres, para todos los pueblos y para los dos sexos.—

Así se comprende fácilmente cómo han podido reconocer en Él su ideal todos los hombres, y naturalmente los primeros, los pobres y los humildes. Con esto está resuelta la más grande y en el fondo la única dificultad. Un Maestro que ha pronunciado una palabra que antes que Él nadie había pronunciado: «Dejad que se acerquen á mí los pequeños»; ⁽¹⁾ un Maestro que quiere dar la prueba de su misión sublime, trayendo á los pobres un mensaje de alegría; ⁽²⁾ tal Maestro y sólo ese Maestro puede ser el Maestro de todos.

Tampoco es extraordinario que haya sabido arrastrar á los grandes genios y á los sabios; muchos, fuera de Él, intentaron lo mismo, y algunos consiguieron su objeto. Pero jamás supieron ellos descender hasta los humildes y hasta los niños, hasta los débiles de espíritu y hasta los pobres, hasta los esclavos y hasta los que eran víctimas del desaliento y de la tristeza. Era admirable—y habla el mundo todavía hoy como de un hecho extraordinario—que en el sentimiento de su propia miseria no excluya Buda de su compasión inactiva ninguna de las criaturas que participan de su misma miseria. En cuanto á los demás maestros de la antigüedad, los hacía más duros é inhumanos para con sus semejantes la experiencia de su propia necesidad. Pero jamás pudo imaginar el mundo que, quien personalmente nada sabía de miserias, durante toda su existencia en el mundo, pudiera salir de la pleni-

(1) S. Lucas, XVIII, 16.

(2) S. Mateo, XI, 5.

tud de la paz interior de que gozaba, para vivir con los desgraciados, y para ayudarles á su costa. Era tan extraño para los antiguos, que les pareció sin duda un rebajamiento más bien que una virtud.

Y supera también la concepción y el poder del mundo aceptar la miseria de los otros, en lugar de la felicidad propia, y manifestar la elevación de su espíritu descendiendo hasta los pequeños, los ignorantes y los débiles, pues, para cautivarlos y levantarlos, se necesita una fuerza moral incomparablemente mayor que para cultivar y levantar aquellos cuya inteligencia va por sí misma al maestro. Si sabe dar á los fuertes el pan de los fuertes, nada hay superior á saber dar á los débiles la leche dulce y nutritiva.

Pero Cristo ha sabido reunir en sí las dos cosas: se hace comprensible á los pequeños y superior á los grandes; se acerca á los pobres, y no por eso es enemigo de los poderosos. Descendiendo hasta los más desheredados, eleva á todo el mundo, á pobres y á ricos, hasta su luz y fuerza consoladoras. Aun para los espíritus más contemplativos, aun para los que se atreven á lanzarse con su vuelo á las más elevadas esferas del espíritu humano, aun para los que tienen sed de asemejarse á Dios, y acaso para ellos especialmente, es un ideal á que no pueden llegar. Precisamente se sienten más atraídos hacia el cielo cuando contemplan á Cristo dando la leche á los niños, y partiendo el pan para los pobres, que cuando les abre las insondables profundidades de los misterios que ve en el seno de su Padre.

Durante su vida entera dió constantemente pruebas de ser perfecto judío. No se hallan en Él señales de aquel cosmopolitismo sin patria que ya en su tiempo comenzó á dominar en Grecia y Roma. Con fidelidad y á conciencia practicaba todas las costumbres de su pueblo; buscaba sólo las ovejas perdidas de la casa de Israel; (1) prohibió á sus discípulos dirigirse, mientras viviera Él, á

(1) S. Mateo, XV, 24.

los pueblos extraños. (1) Mas, aunque hijo fiel de la patria, no derramó todo su espíritu en los estrechos límites de la misma. Entusiasmábase Sócrates de no pertenecer á Grecia, sino al mundo. (2) Sin embargo, era exclusivamente griego, y llevaba en el fondo de su ser el sello propio de los griegos. Y, si no queremos presentarlo distinto de como le conocemos, sino tomarlo tal cual es, basta confesar que no todos pueden tomarlo como modelo. No es lo mismo Cristo: todos, judíos y paganos, griegos y bárbaros, levantan á Él los ojos con admiración y entusiasmo. Viviendo en medio de su pueblo, y siendo por lo mismo figura completamente conocida y plástica, si vale la frase, todo es, menos nacional: es verdaderamente universal. Popular entre los suyos, lo es también en toda la tierra. No era imitación del carácter de tal ó cual pueblo, sino original, un ideal nuevo y perfecto, un hombre verdadero y completo, que no poseía las tendencias exclusivas de cada tipo particular de pueblo, y sin embargo, todos hallan en Él lo que les da la vida y la fuerza. Y probó con esto que aun en los más estrechos límites en que se encierran los hombres y los pueblos—y ¿donde podrían encontrarse más gravosos que los del antiguo pueblo judío?—nadie puede hallar obstáculo para ser hombre verdadero y completo. Luego, si es así, pertenece á la humanidad toda, y ante Él desaparecen las diferencias de raza, de lengua y de costumbres.

Desaparece también ante este Ideal la diferencia de los sexos. En Él hallan, lo mismo el hombre que la mujer, el más alto modelo de perfección. Jamás hubo voluntad viril que uniese tanta fortaleza y tanta reflexión á tanta tranquilidad; jamás hubo corazón de madre que se mostrara capaz de tantos sacrificios y de tan gran simpatía. El mundo no había conocido un alma tan pura, tan pacífica, tan apacible como el ojo del niño ó el inmaculado corazón de la virgen, y cuyo candor se refleja á la vista de todos, mejor

(1) S. Mateo, X, 6.

(2) Epicteto, *Diss.* 1, 9, 1.

que en el cristal de las aguas se refleja el azul de los cielos. Pero hay en Él una limpidez de espíritu que lo domina todo, y que no puede compararse sino con el sol. Y eran la perfección más alta á que pueden elevarse uno y otro sexo, aquél carácter de profundidad insondable que unía la mansedumbre á la gravedad y la ternura á una firmeza inquebrantable; aquella armonía entre la contemplación y la actividad, entre la vida interior y la vida exterior, entre el retiro y la decisiva intervención contra la corrupción de los tiempos; y todo en una sola persona.

En las delicadezas de su amor generoso, en aquellas delicadezas superiores á la de la mujer misma, en su reserva y en su pureza más que virginal, entre sus combates contra el mundo y entre sus sufrimientos, da muestras de un valor y de una energía que confunden á todos los héroes. Apareció personificado en Él, como no lo ha estado jamás en hombre alguno, el carácter propio de la nueva virtud, esto es, la fuerza viril, atemperada por la dulzura femenina, la fortaleza del hombre en la lucha con el mal, admirablemente armonizada con la constancia de la mujer en los sufrimientos y en los sacrificios; por eso se sienten unidos estrechamente con Él los niños y cuantos tienen corazón puro. Sosiega el joven la tempestad de amenazadoras pasiones dirigiendo á Él los ojos, y con su solo recuerdo, se fortalece el hombre, presa de las amarguras de la vida; pensando en Él, recibe energías la madre para cumplir su pesado deber, cuando vacila su abnegación bajo la carga que pesa sobre ella, y acordándose de su sacrificio, olvida la joven el que hizo, cuando con espíritu de abnegación, cambia la más brillante vida del mundo con las solicitudes por la humanidad que sufre y que se arrepiente, ó con los combates llenos de vicisitudes que conducen á la santidad.

8. Su importancia no es semejante á la que se atribuye á otros hombres notables, sino que de Él parte una fuerza motriz que debe durar siempre.—Los hom-

bres grandes tienen en la historia valor é importancia que duran siempre; pero no desafían á todas las épocas su influencia y su fuerza impulsoras, ni pueden resistir sus obras los estragos del tiempo; es tanto más rápida la caída, cuanto que más altos han subido. Alejandro pudo prever la ruina de su imperio; Pericles debía sobrevivir á su obra; Miguel Ángel llevaba en su propia grandeza el germen de la decadencia del arte. Ciertamente es que las ideas á que dan vida los grandes pensadores tienen un valor que jamás perece, pero serán perfeccionadas por otras, y, por lo mismo, serán superfluas. Después de Euclides, Newton; después de Copérnico, Kepler; después de éstos, otros, y estos otros serán seguidos todavía por otros, que aminorarán su influencia en las futuras edades. La prueba más convincente que tenía Napoleón de la grandeza de Cristo era que el tiempo, ese gran destructor, al cual nada resiste, no había limitado el dominio de la caridad que había venido á traer Él. En aquellas horas de profunda reflexión á que le llevaba la soledad de sus últimos días, decía: «He arrastrado á muchedumbres que morían por mí. No quiera Dios que haga comparaciones entre el entusiasmo de los soldados y la caridad cristiana, que son tan diferentes como su causa. Pero, en fin, era necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, una palabra mía; entonces encendía yo el fuego sagrado en los corazones. Es verdad que poseo el secreto de aquel poder mágico que exaltaba los espíritus, pero no sabría comunicarlo á los demás; ninguno de mis generales lo recibió ni lo adivinó en mí. Tampoco he poseído el secreto de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones, y de obrar prodigios sin auxilio de la materia. Ahora que estoy en Santa Elena, ahora que estoy enclavado en esta roca, ¿quién pelea y conquista imperios para mí? ¿Se piensa en mí todavía? ¿Quién me ha permanecido fiel? ¿Cuántos años duró el imperio de César? ¿Cuánto tiempo se sostuvo el entusiasmo de los soldados de Alejandro? ¿Concebís un muerto que haga conquistas con un ejército fiel y dedicado á su memoria? Con-

cebis un fantasma que tenga soldados sin sueldo, sin esperanzas para este mundo, y que sepa inspirarles perseverancia, soportando toda clase de privaciones? ¡No! Si viviendo todavía, no he podido conservar el calor en aquellos corazones egoístas que tantas veces conduje á la victoria, ¿cómo, frío con el hielo de la muerte, podré mantener ó despertar su celo?»⁽¹⁾

¡No, por cierto! No es la obra de un hombre fantástico, de un hombre imaginario. Sólo un hombre vivo, un hombre verdadero, después de millares de años, puede enardecer á los hombres como en otro tiempo lo hicieron la palabra viva que salía de su boca, y el poderoso encanto de su amable presencia. Alejandro y Augusto, Teodosio y Carlomagno descendieron á la tumba persuadidos de que sería reducida á la nada su obra, porque ni entre los genios que los rodeaban, ni entre sus hijos, había en quien inculcar sus miras y su prodigiosa actividad. Pero dejó este mundo Cristo con la conciencia de haber comunicado su propio espíritu á los más pobres pescadores de Galilea, en la medida en que podían recibirlo, para convertir á los incrédulos, para santificar á los pecadores, para transformar el mundo, y para dar cima al edificio, cuyos cimientos había echado Él. Conoció el secreto de transformar á los más débiles y á los más insensatos á los ojos del mundo, de tal modo que los hizo capaces de enseñorearse de la sabiduría y del poder de toda la tierra. Llevó consigo la certidumbre de que en los siglos más remotos harían pensar en Él los Apóstoles que por Él habían de recibir gozosos la muerte. Y revelaba una verdad evidente, cuando decía que los que creyeran en Él, harían en lo porvenir las mismas obras que Él;⁽²⁾ sabía que no serían capaces los siglos de disminuir su influencia, y así ha sucedido.

9. En los otros la palabra ó las obras lo son todo; en Él lo es la persona.—Con gratitud aceptamos toda-

(1) Beauterne, *Sentiments de Napoléon sur le Christianisme*, apud Bou-niol. Ch. V, passim. (París, Bray, 1867).

(2) S. Juan, XIV, 12.

vía hoy una palabra de verdad de gran número de sabios de los tiempos pasados; para nosotros lo son todo, sus palabras y sus obras, siéndonos por completo indiferentes sus personas. Sólo á la persona de Jesucristo se unen nuestro espíritu y nuestro corazón; sólo en Él es obra la palabra, siendo también su doctrina su persona misma; en Él la doctrina es la vida. Debieron y deben enseñar los otros que no es la persona del que habla, sino la cosa dicha, lo que uno debe tener en consideración. De otro modo, perdería su fuerza nuestra palabra. Sólo Él ha podido decir: «Aprended de mí». ⁽¹⁾ Sólo Él ha podido atreverse á prometer: «que el que le sigue, no anda en tinieblas; sino que tiene la luz de la vida». ⁽²⁾ Sin Él, nada es su doctrina; sin Él, nada es su obra. ¡Cuántos hay que conocen y hasta poseen su verdad, y para los cuales está como muerta! Y se comprende perfectamente: los desgraciados tienen su palabra; pero á Él no le tienen. El que le halla, aun cuando no sea capaz de comprender ni una palabra salida de su boca, ha hallado la vida. Aunque perdiéramos el Evangelio y todos los libros que explican su doctrina, no habría por qué inquietarnos demasiado, mientras poseyésemos su vida. Sin su persona es nada su doctrina; pero le poseemos á Él, poseemos también su palabra, y más todavía, porque hizo mucho más de lo que dijo. En su vida, nos da millares de ejemplos que no ha consignado por escrito. Los extraviados han encontrado en Él el camino; los ciegos, la luz; los desesperados, el consuelo, y los muertos, la vida. Le han seguido los pecadores, y los pecadores públicos, y se han hecho sabios y santos; se han sentido arrastrados hacia Él los pequeños y los débiles, y han crecido como gigantes. Los que se creían grandes y puros, para confusión suya, han podido ver, al acercarse á Él, cuán pequeños eran; y sin embargo, no los rechaza su amorosa virtud; se ha posesionado de ellos con poder irresistible, y por Él se han hecho más grandes y más puros. Pero cualquiera que haya sido

(1) S. Mateo, I, 29.

(2) S. Juan, VIII, 12.